

NEWMAN BEATIFICADO

Por Diego M. Serrano Redonnet



En medio de la agitación que rodeó la visita del Papa a Gran Bretaña se ha destacado — por sobre lo circunstancial y lo periodístico— un hecho sobre el que nos medios no han reparado tanto y que no debe pasar desapercibido: la beatificación de John Henry Newman. Largamente esperada por muchos sectores de la Iglesia, es un justo reconocimiento a una de las grandes figuras del pensamiento religioso en el siglo XIX.

Su figura, muy discutida en los ambientes eclesiásticos hasta los albores del Vaticano II, obtuvo una merecida rehabilitación cuando se lo empezó a considerar —con justicia— una voz profética y precursora de dicho Concilio. Pablo VI, primero, y Juan Pablo II, con gran ímpetu, después, fueron haciendo declaraciones encomiásticas sobre sus virtudes, su pensamiento y su trayectoria eclesial, mientras su causa de beatificación avanzaba con cierta lentitud dado que su elevación a los altares, aún luego del Vaticano II, suscitaba encontrados puntos de vista. Su envergadura de pensador cristiano logra un sorprendente reconocimiento cuando en 1998 —al publicar Juan Pablo II su encíclica *Fides et ratio*— coloca a Newman, junto con otros pensadores hasta ese momento también controvertidos en ciertos sectores eclesiales como Antonio Rosmini y Jacques

Maritain, como un “ejemplo” de pensador cuyo camino de búsqueda filosófica se nutrió de una fecunda relación con la fe cristiana¹. Más tarde, en 2001, el mismo Juan Pablo II —en su Carta en el Bicentenario del Nacimiento de Newman— afirmó en este sentido que Newman consiguió una “remarcable” síntesis de fe y razón, las que eran para él “*como dos alas en las cuales el espíritu humano asciende a la contemplación de la verdad*”.

El pasado 19 de septiembre, finalmente, como coronación de este derrotero, Benedicto XVI beatificó a Newman en Cofton Park, cerca del Oratorio de Birmingham donde el prelado inglés vivió, estudió y oró gran parte de su vida. En su homilía, el Papa ubicó a Newman en la larga hilera de santos y eruditos de las islas británicas junto a San Beda y al beato Duns Scoto, como parte de una “*tradición de delicada erudición, profunda sabiduría humana y amor intenso por el Señor*”. Destacó, además de sus virtudes y espiritualidad, “*sus intuiciones sobre la relación entre fe y razón, sobre el lugar vital de la religión revelada en la sociedad civilizada, y sobre la necesidad de una educación esmerada*”. Poco después, en su alocución, citó a Newman refiriéndose a la visión que el prelado inglés tenía de la misión de los laicos, del modo siguiente: “*Quiero un laicado que no sea arrogante ni imprudente a la hora de hablar, ni alborotador, sino hombres que conozcan bien su religión, que profundicen en ella [...] que conozcan su credo a tal punto que puedan dar cuenta de él, que conozcan tan bien su historia que puedan defenderla*”².

Es imposible resumir en pocas líneas la vida, el pensamiento y la significación —para sus contemporáneos y para nuestra época— de la figura del Cardenal Newman³. Nos limitaremos a algunas menciones que puedan dar una pincelada sobre su trayectoria y sobre algunas de sus ideas, sin ninguna pretensión de exhaustividad ni de concentrarnos en aquello a lo que —quizás objetivamente— debería darse primacía. Será un acercamiento —por razones de espacio y de las propias limitaciones académicas y de conocimiento del autor— forzosamente muy personal y fragmentario.

Es sabido que Newman fue un intelectual inglés educado en Oxford que, llevado por su amor a la verdad y como parte de un movimiento intelectual surgido en la propia iglesia anglicana (el llamado Movimiento de Oxford), encaró con seriedad y tesón el estudio profundo de los Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente y del cristianismo de los primeros siglos. Esa búsqueda, intelectual y religiosa al mismo tiempo, lo llevó a dejar la iglesia anglicana —de la cual era ministro— y a ser recibido en la iglesia Católica, en cual sería ordenado sacerdote y en la cual llegaría a recibir la dignidad cardenalicia⁴. Su conversión al catolicismo fue un proceso doloroso, que le ganó la enemistad de muchos

¹ *Fides et ratio*, n. 74.

² La cita está tomada del escrito de Newman titulado *The Present Position of Catholics in England* (1851).

³ Una excelente y clásica biografía es de la Ian Ker, *John Henry Newman: A Biography*, Oxford, Oxford University Press, 1990. Para acceder a sus escritos en la web, así como a numerosos retratos e información sobre su vida, puede verse el completo sitio www.newmanreader.org. La traducción de las citas incluidas en este artículo es propia del autor.

⁴ Hoy en día, gracias a las disposiciones pastorales adoptadas por Juan Pablo II y Benedicto XVI, es bastante más fácil que los fieles anglicanos o los episcopalianos (como se llaman los anglicanos en EEUU) —e incluso sus pastores— sean recibidos en la Iglesia Católica permitiéndose la preservación de ciertos “usos” anglicanos en la liturgia, estableciendo parroquias especiales para estas comunidades y hasta admitiendo que los pastores sean ordenados sacerdotes católicos manteniendo su condición de casados, esto es, sin observar la disciplina del celibato. No era así en la época de Newman.

colegas anglicanos y, al mismo, el recelo, la sospecha y la desconfianza de muchos católicos. Se unió a la congregación del Oratorio, fundada por San Felipe Neri, y comenzó a desarrollar una importante labor educativa, pastoral e intelectual, la que lo llevó incluso a fundar una universidad católica en Dublin, Irlanda. Tuvo que defender sus ideas, muchas veces de avanzada para la época, enfrentando numerosos episodios de incompreensión y maledicencia. Fue pionero en varias iniciativas, no siempre bien comprendidas por la mentalidad de buena parte de la jerarquía católica bajo el pontificado de Pío IX, lo que le valió ataques y denuncias que supo sobrellevar con mesura, sutileza y confianza en Dios. Su itinerario personal e intelectual le valió muchos sinsabores, denuncias y pruebas que soportó con fe y hasta con flema inglesa y buen humor. Dotado de un temperamento sensible, siempre luchó con valentía por sus convicciones pero lo hizo a la vez con delicadeza, buen sentido y equilibrio, uniendo a las virtudes de un “gentleman” inglés educado en Oxford, las de un cristiano de profunda e intensa vida espiritual.

A su labor infatigable de estudioso, conferencista, predicador y escritor, formado en los clásicos, la patrística y en la historia, se deben obras memorables —redactadas con una prosa elegante, llena de sutilezas y matices pero que conserva el tono coloquial— como su *Apologia Pro Vita Sua* (1864), su *Grammar of Assent* (1870) y su *Letter to the Duke of Norfolk* (1875), los que pueden considerarse como sus escritos más fundamentales y accesibles al público en general para acercarse a su pensamiento. También sus innumerables sermones como sus obras históricas y teológicas son un rico manantial de intuiciones, observaciones y reflexiones. Buscó siempre justificar la doctrina cristiana en un diálogo con los científicos y filósofos de su época y con el pensamiento moderno en general. Fue uno de los primeros en reconocer que el evolucionismo no debía representar un reto a la fe. En una decisión que sorprendió al mismo Newman, por entonces un simple sacerdote del Oratorio, León XIII lo nombró cardenal. Luego de una intensa vida de estudio, oración, cura de almas y acción educativa, murió a los 89 años.

Fue un buen amigo de Lord Acton, con quien compartió muchas iniciativas y a quien unió esfuerzos para elevar el nivel intelectual de los católicos ingleses. Su relación, aunque estrecha, no siempre fue fácil y atravesó muchas vicisitudes⁵, debidas muchas veces a la incompreensión de Acton para con las posiciones de Newman —que él juzgaba a veces tímidas o tibias— y a las diferencias de temperamento y de situación personal (uno era clérigo, el otro no) de ambos. Newman no fue tan liberal como Acton pretendía ni tan ultramontano como otros le reclamaban. Mantuvo un difícil equilibrio, no siempre comprendido en su época por sus contemporáneos. Newman fue, al final de cuentas, un activo componedor entre la jerarquía inglesa y los católicos liberales como Acton, tomando incluso una vez la dirección de una publicación en la que Acton colaboraba a fin de evitar su censura o condena por la autoridad eclesiástica. Acton, pese a circunstanciales alejamientos, siempre admiró profundamente a Newman. Prueba de ello es que Lord Acton, luego de la muerte del Cardenal, regaló para Navidad a su hija favorita precisamente las obras completas de Newman.

Las ideas de Newman fueron precursoras y proféticas, en cierto modo, de los rumbos que tomaría la Iglesia Católica en el Vaticano II. Su visión del laicado, la necesidad de permitirles el estudio de la teología y de que se consulte su opinión en cuestiones de fe,

⁵ Para un estudio de las relaciones entre Acton y Newman puede verse el estudio de Hugh A. Mac Dougall O.M.I., *The Acton-Newman Relations: The Dilemma of Christian Liberalism*, New York, Fordham University Press, 1962.

su ataque al exagerado clericalismo y su visión sobre la educación católica han sido innovadoras. Su énfasis en una teología más bíblica y más patrística, su concepción de la inspiración de los autores sagrados de la Escritura, su acento en el desarrollo histórico de la teología y en la profundización progresiva en el mensaje revelado que significó la evolución del dogma cristiano (recordemos su *Essay on the Development of Christian Doctrine* (1845), que data del período de su transición al catolicismo) son algunos de los temas que recoge la renovación teológica a partir del Concilio. Para Newman, el tiempo y el peregrinaje terreno de la Iglesia han ayudado a comprender —y ayudarán en el futuro— con más patencia y más claramente el contenido implícito en el mensaje revelado. Asimismo, su defensa de la libertad académica en materias teológicas, de la libertad religiosa en general, de los derechos de los fieles laicos, su apertura al ecumenismo y a la búsqueda de la unidad entre los cristianos de distintas denominaciones así como su renovada concepción del proceso psicológico, afectivo e intelectual que lleva a la fe (en su *Grammar of Assent*), anticipan también al Vaticano II. Su lema: “*Cor ad cor loquitur*” (“el corazón habla al corazón”) es toda una declaración de que la fe religiosa no es primariamente una doctrina —mucho menos una conclusión filosófica irresistible— ni una moral —por más elevada que sea— sino fundamentalmente una relación personal con otra Persona donde el diálogo y la afectividad humanas están implicadas. Para Newman, solo un Corazón puede hablar a otro corazón.

Para completar esta fragmentaria pincelada solo nos queda recoger algunas ideas —un poco al azar— del ahora beato Cardenal Newman.

En primer lugar, Newman fue un pionero en la importancia que otorgó —en el clima algo pesadamente “clerical” de la iglesia decimonónica— al rol del laicado. Cuando propuso en su escrito *On Consulting the Faithful in Matters of Doctrine* (1859), publicado en una revista uno de cuyos principales redactores era Lord Acton, que el laicado también debía ser consultado en cuestiones religiosas, que no era un mero espectador y que el consenso de los fieles (“*consensus fidelium*”) tenía gran peso, causó un gran revuelo. Eso exigía, sin duda, según Newman, que los laicos recibieran una educación teológica esmerada para que —como decía— “*las clases acomodadas no terminen en la indiferencia y las pobres en la superstición*”. Por ello, apoyó los proyectos de crear una universidad católica en Irlanda, un “college” católico adherido a Oxford y otras iniciativas educativas a distintos niveles así como de alentar a que los católicos recibieran una buena formación universitaria, aún cuando eso significara exponerlos al diálogo o a la controversia con no creyentes, con otras confesiones cristianas o con opiniones que entrañaran un riesgo para la fe. Como decía: “*not the way to learn to swim in troubled waters, never to have gone into them*” (esto es, algo así como: “no es la forma de aprender a nadar en aguas corrientes el nunca meterse en ellas”).

En segundo término, Newman nos ha enseñado a discernir adecuadamente y a interpretar con sensatez el magisterio pontificio. En su *Letter to the Duke of Norfolk* (1875) explica que la virtud de la fe no es fácil y que es “*tan difícil asentir internamente a proposiciones que no podemos verificar por la razón ni la experiencia sino que dependen para su recepción de la palabra de la Iglesia como oráculo de Dios, que la Iglesia siempre mostró el mayor cuidado en contraer, en la mayor medida posible, el ámbito de verdades y el sentido de las proposiciones respecto de las cuales ella demanda una absoluta recepción*”. Por eso defendió un “*principio de minimización*”

para interpretar los pronunciamientos del magisterio papal, “a través de la estricta interpretación de sus palabras, de la ilustración de sus circunstancias, y del reconocimiento de excepciones, en orden a hacer lo más tolerable posible, y ofrecer la menor tentación posible, a mentes obstinadas, demasiado independientes o mal formadas”. Este “principio de minimización” se vale, por un lado, del carácter “concreto” de las materias condenadas en pronunciamiento “negativos” y, por otro lado, en la naturaleza “abstracta” de las definiciones “afirmativas” de doctrina, que admiten excepciones en su aplicación concreta.

Haciendo aplicación de estas indicaciones hermenéuticas, por ejemplo, Newman dio respuesta a los feroces ataques de Gladstone a ciertas encíclicas del Papa Pío IX que causaron consternación entre liberales católicos de la época, como el *Syllabus* y *Quanta Cura* y que motivaron que grandes sectores políticos ingleses vieran en este avance pontificio una nueva amenaza “papista” a la lealtad de los súbditos católicos hacia la Reina Victoria y hacia las instituciones británicas en general. En esta carta al Duque de Norfolk, siguiendo estas pautas interpretativas, Newman hace una delicada exégesis del *Syllabus*, demostrando que sus proposiciones deben interpretarse a la luz de los documentos de las que han sido extraídas (ya que es un catálogo de errores condenables que remite a otros pronunciamientos), en función del contexto histórico de los errores contra los cuales se dirigen tal proposiciones y que la forma de redacción de ese documento —poniendo “en abstracto” condenas concretas a obras y autores específicos— puede llevar a malas interpretaciones como las de Gladstone. Newman buscaba evitar que se leyera al *Syllabus* como una condena “en bloque” a ciertas posiciones del liberalismo católico, como pretendían también ciertos sectores ultramontanos dentro de la Iglesia. Una postura similar mantendría en Francia Monseñor Dupanloup⁶. Si bien muchos enemigos de Newman buscaron que fuera sancionado o censurado por sus opiniones sobre el *Syllabus* —motivando el inicio de investigaciones en Roma sobre ciertos párrafos, que entendían censurables, de la *Letter to the Duke of Norfolk*— no lo consiguieron y nunca fue censurado por la Santa Sede⁷. Muy por el contrario, Newman fue —al final de su vida— elevado al cardenalato y, en nuestro siglo, considerado por Juan Pablo II un ejemplo de pensador cristiano y beatificado por Benedicto XVI.

En tercer lugar, y sobre todo en la *Letter to the Duke of Norfolk* ya citada, Newman reafirmó el valor de la conciencia frente a toda autoridad, eclesiástica o de otro tipo, advirtiendo —no obstante— que el dictado de la conciencia, “a efectos de prevalecer sobre la voz del Papa, debe seguir a una reflexión seria, a la oración, y a todos los medios disponibles de arribar a un juicio correcto en la materia en cuestión”. La carga de la prueba, según Newman, está en la conciencia individual: “A menos que un hombre sea capaz de decirse a sí mismo, en la Presencia de Dios, que no debe, y no debe atreverse, a obrar de acuerdo a un mandato del Papa, está obligado a obedecerlo, y cometería un gran pecado si lo desobedeciera”. Obedecer al Papa en una materia en la que el fiel seriamente piensa que el Papa está equivocado sería, empero, un pecado contra la propia conciencia, aún si uno estuviera “culpablemente” equivocado (en cuyo caso la persona sería culpable de tener una conciencia “falsa” o “equivocada”, pero no de actuar conforme a ella). Newman concluye, en una cita que se ha hecho famosa, que

⁶ Cf. Roger Aubert, “Monseigneur Dupanloup et le Syllabus”, *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, Lovaina, 60 (1956) pp. 79-142, 471-512 y 837-915.

⁷ Cf. Damian Mc Elrath O.F.M., *The Syllabus of Pius IX: Some Reactions in England*, Lovaina, Publications Universitaires de Louvain, Bibliothèque de la Revue d'Histoire Ecclésiastique, 1964.

“si estuviera obligado a elevar la religión a los brindis de sobremesa (lo que no sería en verdad apropiado), brindaría —por el Papa, si lo desean— pero, aún mejor, por la Conciencia primero, y por el Papa después”.

En cuarto término, su visión histórica y su fe en la Iglesia siempre han servido de esperanza y refugio en tiempos en que la Iglesia atraviesa una crisis, como sin duda ocurre hoy día. Muchas veces, católicos descorazonados o confundidos le dirigían preguntas a Newman. Así, por ejemplo, en respuesta a una pregunta de un católico que seguramente añoraba al catolicismo medieval, respondió *“la Iglesia está en el mundo, y el mundo en la Iglesia”*, por lo que no podría presuponerse que el mundo medieval, que fue externamente cristiano, haya sido necesariamente moral y espiritualmente mejor que el mundo moderno: *“El hombre abusó de verdades sobrenaturales en la época medieval, al mismo tiempo que las usó; y ahora el hombre usa las verdades naturales, al tiempo que también las abusa”*; cuál fue el peor de los dos abusos no lo podía afirmar —dice Newman— *“sólo que una época no es todo luz, y la otra toda tinieblas”*. Su fe en la Iglesia, pese a las vicisitudes por las que atravesaba en su época, fue enorme. Para Newman, la Iglesia *“siempre parece estar muriendo”* pero, luego, *“triunfa, contra todo cálculo humano”*. Para el Cardenal, la Iglesia atravesó *“una continua historia de terribles caídas y de extrañas y exitosas recuperaciones”*. Proféticamente dice que la Iglesia *“está entrando en un completamente nuevo rumbo —para el cual la ignorancia del cristianismo por la sociedad civil será el necesario paso inicial, al cual pueden seguir siglos de confusión— pero la Iglesia firmemente se abrió camino entre sobrecogedoras calamidades en el pasado, y lo hará de nuevo”*⁸. Es que para Newman es casi una regla de la providencia de Dios que la Iglesia solo triunfa a través del fracaso⁹.

El Cardenal Newman, ahora elevado a los altares, nos deja así una nota de gran esperanza sobre el triunfo definitivo de la Iglesia, pero no nos exime de las inevitables tribulaciones que eran para él casi una señal de la providencia divina. Su itinerario personal e intelectual nos muestra que el camino del acercamiento a la verdad, individual o colectivo, no es fácil. Prueba de ello es que para su tumba eligió la inscripción: *“Ex umbris et imaginibus in veritatem”* (algo así como “desde las sombras y las imágenes hasta la verdad”), que resume su derrotero espiritual. Que su buen sentido, su sabiduría y su afable cordialidad de “gentleman” cristiano nos orienten y guíen siempre por las sombras de este mundo.

⁸ Como lo reconoció, en 1968, el historiador católico Henri-Irenée Marrou al afirmar: *“nos encaminamos, en gran parte, a un cristianismo de minorías”* (*Teología de la historia*, Rialp, Madrid, 1978, p. 264).

⁹ Véanse las citas precisas de los dos últimos párrafos en Ian Ker, op. cit., p. 700.